



**Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
FLACSO - Sede Ecuador**

**Programa Estudios de la Ciudad
Maestría en Gobierno de la Ciudad,
Mención en Centralidad Urbana y Áreas Históricas**

Entre ángeles y guerreros.

Popayán, 1880-1930.

José Enrique Urreste Campo.

Director: Eduardo Kingman

Lectores: Valeria Coronel y Mireya Salgado

Quito, Abril de 2009.

Índice	Pág.
Resumen	5
Introducción	6
Capítulo I. Entre ángeles y guerreros. Popayán, 1880-1930	12
1. Los demonios del Cauca	13
2. La Conferencia de San Vicente de Paúl y el sistema de la caridad	33
Capítulo II. Entre la santidad y la sanidad	49
1. “El Esclavo de la pus”, “el obrero de las llagas”	49
2. El flagelo de las epidemias	62
3. La profilaxis de la prostitución	67
4. Entre los servicios caritativos de beneficencia pública y los servicios de asistencia social	71
Capítulo III. Toribio Maya, entre la salud milagrosa y el modelo de vida a imitar	82
Conclusiones	108
Ilustraciones	111
Bibliografía	112

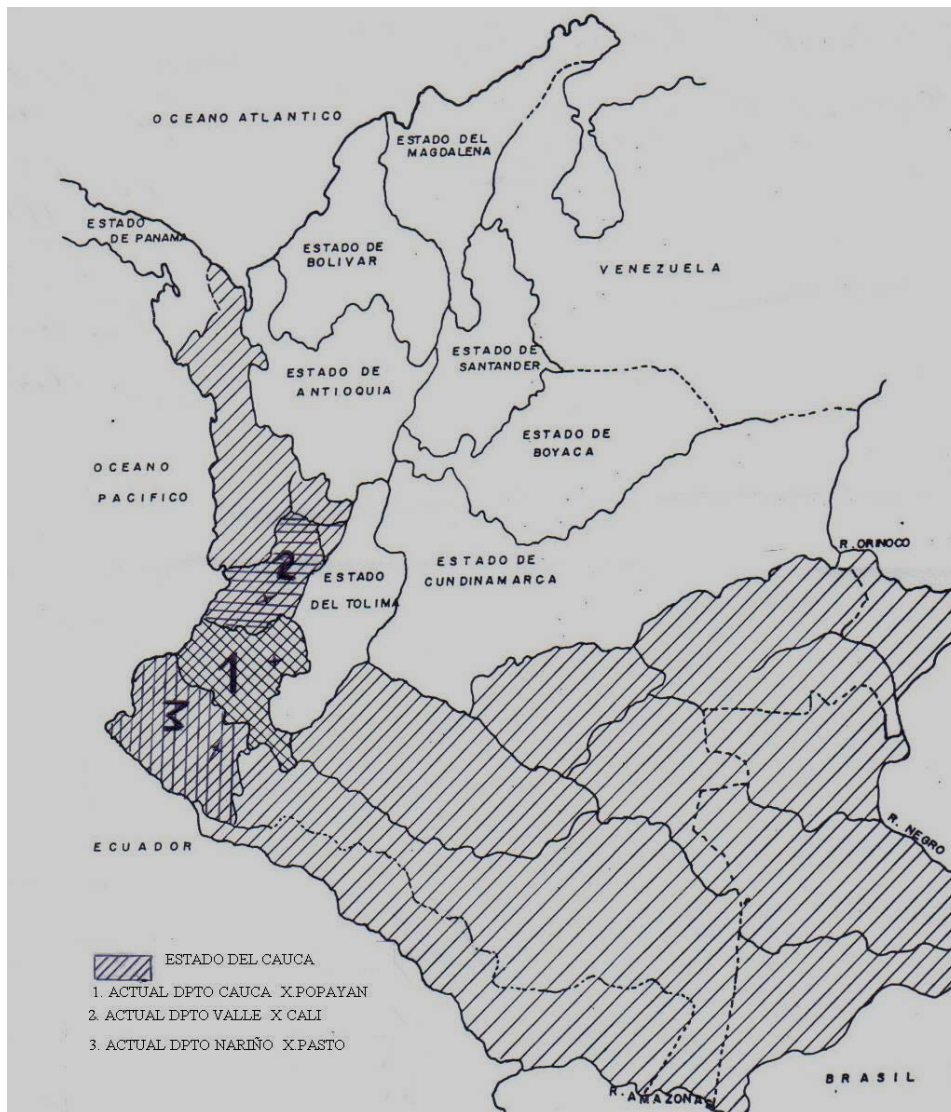
Ilustraciones	Pág.
Mapa N° 1, Estados Unidos de Colombia	12
Oleo N° 1, Apoteosis a Popayán	25
Oleo N° 2, Misa en Popayán	38
Fotografía N° 1, Toribio Maya en Agua de Dios	52
Mural N° 1, Evolución de la medicina en el Cauca	76
Fotografía N° 2, Entierro de Toribio Maya	81
Fotografía N° 3, Tumba de Toribio Maya	82
Fotografía N° 4, La Casa de Pubús	86
Fotografía N° 5, Exvotos en la tumba de Toribio Maya	100
Fotografía N° 6, Tablilla de madera colocada debajo del busto de Maya	98
Fotografía N° 7, Devotos de Maya	105

Resumen

La presente investigación tiene como temática presentar el juego de representaciones que se dan en torno a la imagen de Toribio Maya, el santo de Popayán (sur de Colombia). El trabajo consta de tres capítulos, en el primero se presenta la relación que él mantenía con los caudillos conservadores de la ciudad; después se muestra el funcionamiento de la Conferencia de San Vicente de Paúl como un escenario que mediante el ejercicio de la caridad permitía relacionar a los señores de la ciudad, Maya y los pobres de la urbe. En el segundo se nos presenta como un personaje que se encontraba en el tránsito de los sistemas caritativos y los sistemas de asistencia médica social, para ello se indaga por el activo papel que jugó en el cuidado de los leprosos, los hospitales de virulentos, la profilaxis de la prostitución y el sistema hospitalario. El tercero tiene como objetivo mostrar los diversos atributos que se le han dado después de su muerte, mostrando cómo se encuentra en medio de la religiosidad popular y la oficial, entre la sacralización y su desacralización, al igual que los nuevas características que se le han adosado a su imagen.

Capítulo I

Entre ángeles y guerreros. Popayán, 1880-1930



Mapa 1, Estados Unidos de Colombia

La lucha entre Dios y Satanás no culminó como se cree con la derrota del demonio sino en una tregua. Cuando se discutían los términos del tratado de paz, Satanás exigió para sí el Cauca, la obra maestra de la creación: el paraíso terrenal. De mala gana se acordó cederle lo pretendido y se le preguntó a Satanás: “y ahora que ya tienes esa tierra ¿qué piensas hacer con ella?”. El demonio respondió: “Poblarla con gente que no me aguento en el infierno (Eder, citado en Valencia 1988:145).

1. Los Demonios del Cauca

El siglo XIX había sido un siglo de ellos. Fuese lo que fuese, la maltrecha república había sido forjada en sus elementos principales por los payaneses. Los juristas, los sabios, los guerreros, los clérigos, los intrigantes, los esclavistas, los abolicionistas, los literatos, todos los que dieron forma a ese engendro impensable e incomprensible que se ufanaba en llamarse la República de Colombia, era en lo esencial su obra. Y, por supuesto, la ciudad se sentía orgullosa y vanidosa de ese esfuerzo heroico y delirante. Pero con el comienzo del nuevo siglo se iniciaron la fatiga y la nostalgia. Un siglo había muerto y con él había muerto una forma de ser de la historia y del espíritu. La ciudad se encerró sobre sí misma para evocar y tejer en silencio su orgullosa y desventurada leyenda. La mayoría de sus gentes se fue lentamente replegando y concentrando en ese propio y singular universo y parecía demostrar un rechazo y una marcada antipatía por todos los sucesos y acontecimientos del mundo que estaba más allá de sus fronteras. Si bien la guerra les había deparado la gloria, el poder y el prestigio, y los había convencido de que el orgullo aristocrático del que tanto se ufanaban era por sí mismo una condición válida y legítima para perpetuar su significación en esa azarosa historia a la que habían sacrificado todo, la progresiva aclimatación de la paz y la lenta acomodación de ese mundo parido entre la sangre, el dolor y el sufrimiento, a un clima de normalidad y trabajo, les arrancó de un cuajo todas sus ilusiones (Paz 1993: 52).

El presente capítulo tiene como objetivo señalar el activo papel que los caudillos conservadores de Popayán tuvieron en defensa del orden católico amenazado por las reformas liberales que se dieron en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX; siendo los causantes de la mayoría de guerras civiles que se presentaron después de esta fecha hasta bien avanzada dicha centuria. A inicios del siglo XX, para acabar con la inestabilidad que los mismos provocaban se procedió a desmembrar al departamento del cual la ciudad era la capital, el Gran Cauca, precipitando el proceso de marginación que venía padeciendo desde la liberación de los esclavos en 1851. Uno de los mecanismos de movilización política del que se valían los conservadores fue la activación de asociaciones religiosas, destacándose la Conferencia de San Vicente de Paúl, institución caritativa que servía como escenario de relacionamiento entre los señores de la ciudad y los pobres, proceso en el que Maya, el santo de la localidad, tuvo un activo papel.

Desde la época colonial, en la actual República de Colombia, la iglesia era la encargada de atender a los pobres, los huérfanos y las viudas, por intermedio de diversas organizaciones como las instituciones religiosas de caridad. A pesar de que en la segunda mitad del siglo XIX las reformas liberales la relegaron de casi todas sus responsabilidades, estableciendo que los municipios se encargaran de socorrer a los necesitados, carecían de la experiencia necesaria para el cumplimiento de tal labor, además de que no tenían los recursos económicos para ejecutar a buen término esta

tarea, llevando a que tuvieran poco éxito (Castro 1996:250-251). En el caso de Popayán¹, las penurias económicas tuvieron como punto de partida la expedición del decreto sobre la libertad de los esclavos que se realizó en 1851, inscrita dentro de las políticas de corte liberal que se estaban llevando a cabo en Colombia, las que se asentaba dentro de las nuevas condiciones propiciadas por la revolución industrial y el auge progresivo de las economías de mercado a nivel internacional; en tal sentido el capitalismo necesitaba que la institución de la esclavitud fuera reemplazada por mano de obra libre que al ser remunerada favoreciera los procesos productivos.

Este proceso en la ciudad tuvo como resultado la pérdida del control económico y político de los sectores sociales que se habían beneficiado hasta ese momento de la minería². El sistema esclavista que había perdurado por dos centurias se desplomó a nivel interno como consecuencia del alto costo de los esclavos, la ausencia de los dueños de minas en los terrenos explotados, la debilidad del sistema colonial; crisis que precipitó la liberación forzosa, que los propietarios de esclavos no pudieron impedir a pesar de su preeminencia social y sus redes de poder local (Barona 1995:139). La liberación de los esclavos significó un primer ataque al poder que mantenían desde la época colonial las familias tradicionales de Popayán, proceso que se precipitaría en las siguientes décadas.

Entre los grandes esclavistas de la ciudad se encontraban Francisco del Campo y Larrahondo, Manuel Esteban Arboleda, Manuel José Mosquera, Agustín Ramón Sarasti, Ramón María Arana, etc, quienes contaban con una gran fuerza económica y política a nivel nacional, permitiéndoles interponerse a la liberación de los esclavos durante algún tiempo (Velásquez 1983:40). Mercado, dirigente del Partido Liberal, afirmaba que el poder tremendo de los dueños de esclavos, en ninguna parte tan marcado como en Popayán, engendró un fanatismo religioso propenso a la violencia. En tal sentido,

¹ Popayán, era la capital del Estado del Cauca, contaba con una superficie de 670.000 km², la mitad de los 1.272.813 km² de la actual Colombia. En la ciudad se asentó desde la época colonial el gobierno civil y religioso, siendo el centro cultural y educativo departamental, cuna de una sociedad minera y hacendaria, elementos que le permitían mantener una gran influencia en todas las esferas de la vida nacional (Castrillón 1970: 6). El Estado del Cauca fue creado por la ley del 15 de junio de 1857, volviendo de esta manera a reintegrarse los territorios del Gran Cauca que existía desde la colonia y que perduraría hasta la primera década del siglo XX (Ortiz 1986:37-40). (Ver Mapa 1, pág. 12). Para efectos de la presente investigación se usará el nombre del Departamento del Gran Cauca que es como más se lo conoce en la historia colombiana.

² El sistema esclavista asociado a la producción minera tuvo su auge en la región entre el siglo XVII y el XVIII, encontrándose en declinación en la primera mitad del siglo XIX. Para una caracterización de la sociedad esclavista de Popayán remito al lector a Colmenares (1979).

argumentaba que fue precisamente el cristianismo en su sentido verdadero el que estaba activo entre las clases oprimidas, como resultado de su condición y del abuso de la doctrina por parte de las autoridades. Argumentaba que los dueños de los esclavos y los sacerdotes caucanos, enseñaban una versión pervertida del cristianismo, cuya prédica “se reducía a la idea de un Dios terrorífico para exaltar a los grandes terratenientes, inculcar un respeto ciego por las clases privilegiadas (...) combatir el afán libertario que amenazaba su hegemonía con la amenaza del castigo eterno (...) y para erigir como pecado la más mínima acción por parte de los pobres y de las clases devaluadas” (Mercado, citado en Taussig 1993:72). De esta cita se desprenden dos situaciones, la primera se refiere al uso que se hacía del cristianismo al enseñar a los esclavos a respetar a sus amos argumentados que la desviación de este precepto provocaría su condenación, y por ende se aprecia como la religión estaba al servicio de los intereses de los poderes constituidos. La segunda enfatiza que era considerado como un acto condenatorio que los pobres ayudaran a los esclavos. Por ende se justifica el funcionamiento de una sociedad jerarquizada donde cada uno tiene un deber que cumplir y que no podía ser violentado por la intromisión de otro grupo de la sociedad. Ahora bien, también es factible considerar que los esclavos hacían parte de la pobreza en un nivel mayor, ya que se debe tener en cuenta que en aquella época la misma pasaba por ciertos niveles de gradación, tales como “los pobres de solemnidad”, “los pobres vergonzantes”, “la pobreza pública” y “los leprosos de la ciudad”, como mostraré en páginas posteriores.

A pesar de que la anotación de Mercado se refiere principalmente al actual Departamento del Valle del Cauca, cuya capital es Cali (que para aquella época pertenecía al Gran Cauca (Ver mapa 1, pág. 12) su afirmación es aplicable para los mineros y hacendatarios payaneses, ya que como sostiene Weber y Zamorano (1975:132) las haciendas que ellos tenían en el valle eran cuidadas por sus mayordomos, en tanto que sus dueños preferían vivir en Popayán por sus condiciones climáticas.

De entre los esclavistas de Popayán se destacaba la familia Arboleda, a tal punto que en 1852, Julio Arboleda, con el apoyo de algunos curas de Pasto³, Popayán y Cali, intentó una guerra civil para detener la abolición de la esclavitud que se había decretado

³ Pasto se ubica al sur de la ciudad de Popayán (Ver Mapa 1, pág. 12).

un año antes, conocida como la Revolución Conservadora (Velásquez 1983:125). Ante el fracaso de su acción ese mismo año se hizo efectiva la libertad de los esclavos y se confiscaron las tierras de las grandes haciendas (Ponce 2003:239). El sistema de la esclavitud había consolidado un sistema estamental que no sólo se reproducía entre los amos y sus esclavos sino que se recreaba en toda la sociedad payanesa, entre aquellos que lo tenían todo y los que no tenían nada, entre los señores y los pobres de la ciudad. Era una sociedad patrimonial basada en mecanismos de dones, entre los señores de la ciudad (que en muchos casos también eran señores de minas) y sus *protegidos*.

En tal sentido, Velásquez (1983:118-119) argumenta que durante esta época en la ciudad la clasificación social implicaba el uso de ciertos símbolos, privativos de una clase; la violación de ello llegó a ser motivo de censuras sociales agudas para los transgresores. Por ejemplo el uso del bastón, de la capa, permitido sólo para el decoro de “sus nobles”, los sitios exclusivos en las ceremonias públicas tales como el puesto ocupado durante la celebración de la misa. Para este autor la gran diferencia existente entre los diversos grupos sociales provocó varios enfrentamientos que no tuvieron gran envergadura, ya que las relaciones estaban mediatizadas por la doctrina católica que practicaba la población, encargándose, por medio de su doctrina, de justificar la posición de cada individuo, tales como señores, pobres y esclavos. Vale la pena enfatizar, tal y como he establecido en páginas previas que la religión hacía parte del mecanismo de poder desplegado por los señores de la ciudad. Aunque el autor citado menciona que estos enfrentamientos eran leves y no colocaron en entredicho el orden estamental, sí permiten entrever que en la segunda mitad del siglo XIX se empezaban a agudizar las fisuras en el imaginario de la sociedad jerarquizada provocadas por la influencia del liberalismo, siendo uno de sus focos de ataque la enseñanza que repartían las instituciones religiosas en el país para de esta manera minar el poder del pensamiento conservador.

Molina (1987:182-183) establece que durante la colonia, los grupos señoriales adquirieron los rasgos de una aristocracia incapaz de imaginar la posibilidad de que se produjera algún cambio en la estructura socio económica y política en la que ocupaban el más alto nivel, época en que se formó la triple aristocracia de la sangre, de la propiedad territorial y de los privilegios eclesiásticos. El sistema absolutista de fundamento religioso vigente en el mundo colonial comportaba una justificación suficiente. Todo desafío a sus privilegios suponía un desafío a la totalidad del sistema.

En cuanto a la aristocracia de la sangre se debe considerar que existía una fuerte diferenciación racial en aquella época, constituida principalmente por tres segmentos, a saber los criollos, los indígenas y los esclavos. Contrario al caso de Quito (Ver Kingman 2006), donde se puede apreciar una fuerte presencia indígena al interior de la ciudad, en Popayán dicha situación no es tan evidente, debido presumiblemente a la poca presencia e influencia que tuvieron en la vida urbana. En cuanto a los esclavos, los mismos se localizaban de preferencia en las zonas mineras de la Gobernación, más no en la ciudad, llevando a que de preferencia fueran poco visibles en la ciudad. A pesar de esta situación se debe tener en cuenta que debieron de darse prácticas de segmentación racial, que deberán desarrollarse en profundidad en otra investigación.

Aunque en la década de 1850 no se pueda hablar de que existiera un sistema colonial, ya que el mismo había sido puesto en cuestionamiento desde La Independencia, sí podemos afirmar que en Popayán aún subsistían fuertes grupos conservadores que se resistían a perder su preeminencia social, llevando a que se movilizaran por medio de las revoluciones que encabezaron a detener las políticas liberales que colocaban en entredicho sus privilegios. Tal y como establece Romero (2001:320) este proceso se presentó en toda América Latina; los grupos señoriales apoyados por grupos de interés coincidentes en distinta escala, constituyeron los partidos conservadores que se dispusieron a participar en la vida política para defender y consolidar sus posiciones. Para ellos el liberalismo era ateísmo; a las clases populares en ascenso les tenían miedo por la anarquía que pudiera significar el que se tomaran el poder y les quitaran sus privilegios. En el caso colombiano desde los albores de La Independencia del Imperio Español acaecida en 1810 se venían conformando los grupos liberales y conservadores; sin embargo habría que esperar hasta el año de 1848 para presenciar la constitución oficial de los partidos políticos. El pensamiento señorial del partido conservador encontró en la Iglesia a su aliada, dado que la cosmovisión de esta institución es de carácter estático, con un orden social jerarquizado, naturalmente preestablecido al que hay que conformarse para actuar moralmente, casi de naturaleza inmutable, haciendo problemático la aceptación del cambio histórico (González 1997:125). En este orden de ideas, cuando la Iglesia se enfrentaba al partido liberal lo que estaba en juego era la existencia del orden tradicional en donde el clero era el estamento más prestigioso. (González 1997:154). A la anotación del autor le podríamos agregar en términos de gradación social los señores de la ciudad, los diferentes niveles de pobres que existían, los indígenas y los esclavos, lo que permite apreciar los

diferentes segmentos sociales que entraban en disputa en la conformación del nuevo orden social propugnado por el liberalismo.

En cuanto a la religión, las críticas liberales eran en realidad ataques contra la influencia social de los sacerdotes, buscando neutralizar este influjo mediante la privatización de las creencias, relegadas a un asunto individual, propio de cada conciencia, sin influir en la sociedad; apuntado a la construcción de una nueva sociedad basada en una concepción del ser humano que colocará en práctica los valores del mundo moderno (González 1997:154), entre ellos la búsqueda por la igualdad de los diferentes segmentos sociales. Se presenta así una fisura entre la sociedad estamental y una nueva concepción del ser humano que busca terminar con estos niveles de gradación social y racial.

El proyecto liberal hacía necesaria la consolidación de la Paz que se veía alterada por los enfrentamientos que eran provocados por la intransigencia religiosa, proceso en que se destacaban los grupos conservadores caucanos, especialmente los que procedían de Popayán dado el influjo que mantenían en el Gran Cauca. En tal sentido Valencia (1988:142) argumenta que la representación social que tenía el resto de la sociedad colombiana de los caucanos era negativa, ya que se concebía que se excedían en sus acciones militares. Se lo mostraba como un elemento cruel y sanguinario formado durante las guerras civiles que se sucedieron desde los albores del proceso independentista:

La inestabilidad política permitió la creación de una imagen negativa, que surgía de una contradicción aparente: La región más rica en recursos naturales, con unas condiciones físicas y climáticas inmejorables, estaba habitada por una población que no aprovechaba lo que el ecosistema le ofrecía. Esta imagen tendía a demostrar que la población caucana era perezosa para el trabajo material, pero diligente para los enfrentamientos armados de carácter político. Por esto el Cauca era considerado como algo similar a un paraíso terrenal pero poblado por demonios (Valencia 1988:145).

De igual manera, el testimonio de Manuel Pombo recogido en 1850, era semejante al anterior juicio de valor, argumentaba que los males de la región se debían a la excesiva intervención política de los caucanos en la vida nacional (Pombo citado en Valencia 1988:146), sobretodo en su defensa del orden católico atacado por los liberales. En su

capital, Popayán, se encontraban los caudillos más sobresalientes de Colombia: Obando⁴, López, Mosquera, Arboleda, Trujillo y Payán, a tal punto que en la ciudad se decidieron e iniciaron la mayoría de las guerras civiles que se sucedieron a lo largo del siglo XIX colombiano. Se debe hacer la aclaración de que no todos ellos defendían al catolicismo, tal es el caso de José Hilario López y Tomas Cipriano de Mosquera quienes elaboraron durante sus mandatos presidenciales una serie de decretos en contra de las prerrogativas de la Iglesia católica como se reseña en páginas posteriores. Por ende podemos apreciar como el poder del catolicismo no era tan evidente, ya que de no ser así no se abrían presentado fisuras en el proyecto estamental que representaba.

Otro caso que merece mención es el de Julián Trujillo, quien se puede catalogar como un católico progresista, ya que durante su mandato presidencial en la década de 1870, llevaría a cabo importante obras a favor del liberalismo, al igual que acercamientos con la Santa Sede para la firma del concordato que le devolvía a la Iglesia el control sobre la educación colombiana.

Sí bien es cierto que el catolicismo impregnaba la vida cotidiana de los payaneses no se puede afirmar que fuera dominante en todos los segmentos de su sociedad, ya que la ciudad también fue el hogar de grandes personajes de carácter liberal que buscaban la secularización, tales como López y Mosquera. El primero fue quien llevó a cabo la liberación de los esclavos en Colombia, lo que nos permite apreciar que el proyecto de segmentación racial tenía grietas en la vida cotidiana de la urbe, ya que de no ser así este proceso no se hubiera dado. Se debe tener en cuenta que el peso de los conservadores era tan fuerte que les permitió interponerse a las políticas liberales desde la segunda mitad del siglo XIX. A pesar de que en esta centuria, el Cauca fue la región que más presidentes le dio a la República, ya que entre 1812 y 1880, se pueden contabilizar 7 payaneses como presidentes colombianos, y otros como vicepresidentes y presidentes interinos (Whiterford 1977:38), no todos eran de carácter conservador, sino que también existían algunos de pensamiento liberal, por ende el imaginario de sociedad segmentada se encontrará en entredicho a partir de la segunda mitad del siglo XIX, situación que también impacta las primeras décadas del XX.

⁴ Entre 1839 y 1840 se presentó la Guerra de los Supremos, provocada por la política liberal que en busca de la secularización suprimió el Convento de Pasto. Para contrarrestar esta medida José María Obando se levantó en armas contra el gobierno nacional (Ponce 2003:73).

Como se mencionó el Cauca era una región tradicional dominada por las elites que procedían de las antiguas familias mineras y hacendatarías que se negaban a perder la importancia política y social de que habían gozado hasta la Independencia. La lucha por la conservación del poder tradicional se manifestó en el caudillismo que era el elemento más característico de la región. Los caudillos hacían sentir la presencia de las elites caucanas en toda la República, manteniendo redes clientelares que vinculaban a las elites con los sectores populares permitiendo su movilización política (Valencia 1988:13-14). En el segundo apartado de este capítulo se puede apreciar que uno de los mecanismos por los cuales se mantenían dichas redes clientelares se daban por el sistema de la caridad, ya que dicha institución era el lugar de relacionamiento de los señores y de los pobres, donde se reproducían el mecanismo del *dar* a cambio de recibir la gratificación y la obediencia.

Valencia señala que uno de los mecanismos de movilización política se daba por intermedio del llamado que hacían las Sociedades Católicas en defensa del cristianismo que defendían los conservadores. Entre sus líderes se encontraba el payanés Sergio Arboleda, conocido como “el caudillo de la causa justa”, y uno de los ideólogos y fundadores del Partido Conservador Colombiano. Opinaba que frente a la “mano invisible” del liberalismo la única esperanza estaba en que la Iglesia ejerciera su dominio sobre una sociedad organizada jerárquicamente. Argumentaba que el origen divino y la sabiduría infinita evitarían que la Iglesia se volviera tiránica; aunque la constitución de dicha institución era monárquica y despótica, sus leyes eran morales (Arboleda citado en Taussig 1993:94). El planteamiento de Arboleda era a favor de una sociedad organizada estamentalmente, donde cada uno tenía un lugar predeterminado por su nacimiento que debía ser respetado para evitar las tensiones sociales que como se ha mencionado se venían intensificando con las reformas establecidas por las políticas liberales. Es así como se entiende que existieran al interior de la urbe los señores de ciudad y sus pobres, ambos separados pero unidos por la economía moral de la Iglesia, uno de cuyos puntos de encuentro eran las instituciones de caridad, a través de dicho mecanismo se difundía la ideas de cohesión y reciprocidad entre estamentos altamente polarizados. Tal y como argumenta Kingman (2007a:15) para el caso quiteño, a través de ellas eran factibles las condiciones de reproducción de la subordinación, la exclusión, pero al mismo tiempo la protección que se percibían como relaciones naturalizadas. Tan naturales que cuando se insinuaron cambios en dicha estructura en

Popayán se acudió al reforzamiento de la matriz católica, permitiendo así procesar el cambio propuesto por el liberalismo.

Arboleda consideraba que se debía rescatar la herencia cultural española, específicamente en lo referente a la tradición católica, para poner fin a la anarquía de la vida política, dado que el único factor de unidad nacional era la fe religiosa (González 1997:128). En este orden de ideas culpaba enfáticamente del malestar social al debilitamiento de la religión, única que podía mantener perezosa e ignorante a la población, señalando que las masas iletradas sólo podían vivir en armonía si eran cristianas. Se ve como se reproducen los estereotipos de segregación, a los que se ha hecho mención, agregando que el pueblo no tenía una cultura letrada, incluso se podría suponer que los pobres fueran considerados como seres humanos sin ningunas cualidades académicas, a tal punto que pareciera ser que la única instrucción que tenían eran las dadas por la iglesia, quien enseñaba mediante sus predicas que una de las maneras de alcanzar la armonía social puesta en entredicho era aferrándose a las prácticas de la economía moral del cristianismo y por ende su rechazo de las ideas liberales.

Arboleda, exaltaba a los conservadores a devolver al catolicismo su imperio, organizar una vez más la familia cristiana, restablecer el derecho a la propiedad y crear un nuevo ejército permanente (Arboleda, citado en Taussig 1993:76-77). Era el reforzamiento del orden tradicional. Este ejército que se reclutaba mediante el sistema patrimonial, procedía en su mayoría de las haciendas caucanas, cuyo epicentro administrativo se encontraba en Popayán, la cual se convertía en un bastión importante del conservatismo colombiano. Desde la colonia la educación en el país era regida por el catolicismo, por lo que uno de los puntos de batalla más recurrente entre los liberales y los conservadores sería precisamente el proceso de secularización de la enseñanza.

A la libertad de los esclavos, en 1853 los liberales le agregaron la separación entre el poder espiritual y el poder material medidas que trataron de detenerse por medio de las diversas guerras civiles que se sucedieron después de esta fecha hasta la consolidación de la unidad nacional que logró establecerse con la constitución centralista de 1886. Fals Borda (citado en Taussig 1993:105), resumiendo gran cantidad de opiniones sobre dichas confrontaciones argumenta que las mismas se daban en menor medida por controlar el presupuesto nacional, o para cambiar la constitución, ya que en realidad su motivación era religiosa. De igual manera, Dix (citado en Taussig

1993:89), comentaba que la cultura política fomentaba una visión absolutista del mundo, donde toda controversia se manejaba en términos cuasi religiosos o moralistas. En este orden de ideas, el diplomático norteamericano Shaw escribía que El Partido Conservador era el partido que representaba a la iglesia, y el control de la Iglesia sobre los asuntos civiles proporcionaba “el único punto político interno vital para el pueblo colombiano” (Shaw, citado en Taussig 1993:91). Es dentro de este contexto de juego de poderes donde se inscriben algunas de las confrontaciones que se señalan a continuación.

En 1860 los liberales empezaron a establecer la separación total de la iglesia y el gobierno. La privación de los derechos civiles del clero provocó que muchos sacerdotes fueran expulsados del país. Se confiscaron más de las dos terceras partes de las propiedades de la iglesia, la educación cayó bajo el control gubernamental. Ante esta situación los obispos del Cauca, viendo las crecientes divisiones entre los liberales, organizaron con desafío sus propias escuelas. La Iglesia advirtió que la asistencia a las escuelas públicas y la adhesión a sus principios políticos se castigarían con la excomunión. Entonces el gobierno cerró por la fuerza la Sociedad Católica de Popayán, y algunos grupos independientes del gobierno cerraron también otras sociedades similares. Ante esta situación, guiados por Sergio Arboleda, la figura más popular de su partido, los conservadores del Cauca, “en defensa de nuestras creencias religiosas, iniciaron la guerra” (Taussig 1993:72).

Al siguiente año el presidente colombiano de origen payanes Tomas Cipriano de Mosquera, decretó la tución de cultos, que subordinaba las autoridades eclesiásticas al gobierno civil; y, la desamortización de manos muertas, consistente en la venta de los bienes adheridos a la educación y la beneficencia de las órdenes religiosas. Posteriormente estableció la extinción de las comunidades religiosas que no aceptaran las dos disposiciones mencionadas anteriormente, lo que significó la expulsión de los jesuitas⁵.

⁵ Tomas Cipriano de Mosquera había asumido la presidencia con la ayuda de los mosqueristas, grupo constituido por una coalición de terratenientes, comerciantes y políticos profesionales, originados en las dos vertientes políticas –la liberal y la conservadora- que necesitaban acabar con los enfrentamientos armados facilitando así el normal desarrollo de la economía y el adelanto de una infraestructura básica para el ejercicio del comercio (camino Cali-Buenaventura) que conectara a la región con el Pacífico (Valencia 1988:25). Esto nos muestra que existía una gran tendencia de católicos progresistas que

El contexto político que se presentó en la siguiente década favoreció el hecho de que en 1870 el movimiento de las Sociedades Católicas, que habían nacido en el Cauca en contra de la reforma educativa liberal al que se unieron las instituciones de caridad, se convirtiera en la principal forma de movilización conservadora y católica contra el liberalismo (Martínez 2001:423). Molina (1988:68) establece que la filosofía liberal proyectaba sus intereses en las ciudades donde se concentraba el despliegue del capitalismo, por ello casi no les interesaba las personas analfabetas del campo, con las cuales era muy difícil establecer una comunicación ya que creían que este sector poblacional estaba controlado por los sacerdotes, el alcalde y el cacique político local, instrumentos del régimen conservador o de los caudillos que se encontraban en trance de alzamiento armado. La aseveración de este autor es apropiada para el caso de Popayán, ya que como se anotó en páginas anteriores, los dueños de las haciendas que se encontraban en los alrededores de la urbe a pesar de que vivan en la ciudad se encontraban muy relacionados con ellas por medio de los mayordomos que las administraban, manteniendo una gran influencia sobre el mundo rural que se encontraba alrededor de la ciudad y que se consideraba como un mundo iletrado, presa fácil de un sistema patrimonial clientelista favorecido por mecanismos como el de la caridad, al ser un espacio de entrega de dones a cambio de la gracia y la obediencia. En este orden de ideas, las prédicas religiosas en defensa de sus intereses se mezclaron con las directrices formuladas desde Roma, confluencia que llevó a que la Iglesia se alienara con el Partido Conservador (González 1997:16).

Este proceso se había iniciado oficialmente en Latinoamérica en 1864. En este año el Papa Pío IX elaboró la encíclica *Quanta Cura* y el *Syllabus*, documentos que negaban de plano la validez del proceso de secularización de la sociedad, afirmando la eternidad, y en consecuencia, la vigencia contemporánea del orden divino. Pretendiendo restablecer la estructura social que había sido modificada desde La Independencia (Romero 2001:134-135).

Es en este ambiente social de defensa del catolicismo donde se funda la Conferencia de San Vicente de Paúl en 1872 en Popayán (Ortiz 1986:203)⁶. Entre sus

compaginaban sus creencias con las propuestas económicas del liberalismo, los cuales llegaron al poder en la década de 1880.

⁶ En 1857 se fundó en Bogotá la primera Conferencia de San Vicente de Paúl, asumiendo formas más progresistas de organización, inspiradas por los colombianos que venían influenciados por Europa y por las propias órdenes modernas católicas europeas (Castro 1996:251) (Martínez 2001:184-186). Registraron logros notables, extendiéndose por todo el país. En 1886 se inauguraron en Ibagué (Tolima), Zapatoaca

fundadores se encontraban a Marcos Valencia, Toribio María Palo, Lorenzo Lemos y otros (Zúñiga 1972:221), personajes que hacían parte de las familias conservadoras de Popayán. Sí bien es cierto que en la anterior cita no se incluye a la familia Arboleda, la misma puede estar inscrita dentro de la lista de “otros”, ya que es de suponer que era pieza clave del funcionamiento de La Conferencia⁷, lo que se deduce del papel protagónico que asumirá en los siguientes años. Es así como dos décadas después la ciudad había sido dividida en cuarteles, en cada uno de los cuales un grupo de socios, con su respectivo presidente, se encargaba de coleccionar las limosnas de las personas caritativas, ya fuera dinero, ropa o muebles que se podían utilizar. La fragmentación se hizo por dos líneas rectas que se cortaban en la Torre del Reloj, así: de San Agustín a Sureste, de San Camilo o Suroeste, Cuartel de Santo Domingo, o noreste. Los socios del último eran Simón Hurtado –Presidente-, Francisco J. Arboleda, Enrique Arboleda, Vicente Arboleda, Miguel Arroyo, Carlos Bonilla, Eduardo Quintero, Miguel Velasco, Delfin Valdés, y Toribio Maya (La Semana Religiosa 1895:399)⁸. Dicho cuartel estaba formado por las familias prestantes, destacándose el peso predominante de los Arboleda, que como se ha señalado se constituía en una de los núcleos conservadores más destacados de Popayán, cuna de varios caudillos militares que se contraponían a las ideologías de corte liberal. Sin embargo, lo que me interesa resaltar de esta cita es que uno de los miembros de esta sección fuera Maya, de quien se escribiría muchos años después en referencia a su nacimiento, que con él: “no llegaba el ambicioso adalid de una causa política, ni el frío abanderado de un escuadrón de guerra, ni el circunscrito y anillado poderío de un Jefe de Estado” (Turbay, citado en Gómez 1956:17). Nacía un hombre que a pesar de su pobreza se encontraba muy relacionado con los caudillos militares de la ciudad, un caudillo espiritual que permitiría procesar la marginación a que se vería abocada la ciudad pocos años después de su nacimiento, tal y como lo

(Santander) y Sopetrán (Antioquía); en 1869 en Socorro, San Gil y Aratoca (Santander) y Nemocón (Cundinamarca); otras en el Cauca, Tolima y Boyacá. Para el año de 1880, Colombia tenía 27 sociedades de San Vicente de Paúl, que promovían en todo el país actividades caritativas y educativas (Martínez 2001:418).

⁷ Para mayor brevedad a partir de ahora La Conferencia de San Vicente de Paúl de Popayán será abreviada como La Conferencia.

⁸ La Semana Religiosa, fue una publicación semanal editada por la diócesis de Popayán entre 1874 y 1943; sin embargo sólo se pudo consultarla hasta el año de 1899, dado que los otros números no se encontraban disponibles en el Archivo Centra del Cauca, lugar de donde se sacaron las fuentes históricas de la presente investigación.

ilustra el oleo del Maestro Efraín Martínez, titulado “Apoteosis a Popayán”⁹. Del conjunto de figuras me interesa señalar las de la segunda mitad del siglo XIX, ubicadas desde el centro del mismo hasta el lado derecho, entre ellas he resaltado en un ovalo blanco a Maya, quien se encuentra detrás de los caudillo militares de Popayán.



Oleo N° 1, Apoteosis a Popayán.

Al lado de los señores de la ciudad, que en gran proporción durante las guerras civiles del siglo XIX se convertían en caudillos militares, vivía un ser humano que con el paso de los años se constituiría en el eje de un amplio juego de representaciones; en este apartado analizo el papel que desempeñó en el campo de batalla y la ayuda que prestó a los pobres de Popayán, dejando para los próximos capítulos su paso desde los sistemas caritativos públicos a los sistemas de asistencia social públicos, y la relación entre el trabajo histórico y el juego de representaciones que se dan en torno a la devoción popular que lo categoriza como un santo.

⁹ El cuadro fue pintado por encargo del Departamento del Cauca para conmemorar el IV Centenario de la fundación de Popayán. Se inició en 1935 y se terminó en 1955. Actualmente se encuentra ubicado en el Paraninfo de la Universidad del Cauca, representando la grandeza de Popayán, desde la época colonial.

Toribio Maya (1848-1930)¹⁰, a pesar de ser una persona de origen muy humilde, estaba muy relacionado con los Arboleda, hogar en el cual contaba con una habitación a su disposición durante el tiempo que permanecía en la urbe ejerciendo la caridad (Testimonio recopilado por Gómez 1955:7). El trabajo histórico permite apreciar que dicha familia era un foco neural de la actividad caritativa, a tal punto que una de sus miembros, Teresa Arboleda, le había adecuado una habitación en su hogar, ello a pesar de la humildad de su procedencia. Se va perfilando así la relación que caracterizaré en las próximas páginas. En el siguiente capítulo se verá como Maya pasaba la mayor parte de su tiempo en las afueras, en la Casa de Pubús, lugar que sostenía con la ayuda de La Conferencia y que servía para atender a los leprosos de Popayán y sus alrededores.

Maya, en su adolescencia había decidido a imagen de San Vicente de Paúl¹¹ dedicarse a la caridad pública, constituyéndose en el miembro más activo de La Conferencia, no por los aportes económicos que podía hacer a la misma sino por ser el intermediario entre ella y los necesitados de la ciudad: pobres, enfermos, prostitutas, leprosos, todos los marginales de la sociedad. En aquella época, como he reseñado, Popayán se caracterizaba por la fuerza que el catolicismo tenía en su sociedad; en tal sentido el testimonio escrito de su sobrino Rafael Maya señala que:

Por el timbre y vibraciones de su carácter que formaron sus padres dentro del más profundo sentimiento religioso, y por ese ambiente de misticismo melancólico en que en las grandes

¹⁰ A los veinticinco años de su muerte se empezaron a recopilar una serie de datos biográficos por parte de las personas que vivieron con él y que conocieron de manera directa su obra, las cuales se encuentran recopiladas en Gómez (1955; 1956) y Vidal (1959). De estos documentos extraigo los testimonios escritos de la presente investigación.

¹¹ San Vicente de Paul fue un clérigo francés que vivió en el siglo XVI. Es de gran interés señalar que en esta centuria se dan los gérmenes de la acumulación originaria de capital descrita por Marx (1912), señalando las difíciles condiciones en que se encontraban los proletarios en las ciudades del naciente sistema económico. Es en este contexto donde se producen los viajes de San Vicente de Paúl, quien al vivir con enfermos pobres, niños abandonados y prisioneros evolucionó espiritualmente, llevándole a que el resto de su vida lo dedicara a la caridad, la evangelización y el desarrollo humano (Díaz 2006:3). Él divisó que el mundo y la sociedad de entonces entraban por nuevas rutas de cambios profundamente sociales, como lo demostraba el alarmante y creciente número de pobres, desheredados y enfermos, y advirtió a su vez que el sistema hospitalario en Europa iba tomando sus primeros avances que seguirían creciendo, por lo cual fundó a las Hermanas de la Caridad para atender esa necesidad y la orden de los Hermanos Lazaristas para el cuidado de los leprosos. Hasta ese momento las órdenes religiosas se constituían por monjas enclaustradas consagradas al ascetismo mediante la oración, la meditación y la contemplación mística. San Vicente de Paúl rompió con esta tradición al establecer una congregación secular, donde sus miembros actuaban en un mundo abierto, necesitado cada día más de los beneficios de la caridad, estableciendo que “el que ora, labora” (Arguelles 1996:56). Para lograrlo congregaba a todas las mujeres de una parroquia a las cuales les daba catequesis, y con ellas examinaba los problemas que aquejaban a la comunidad, transmitiéndoles los conocimientos empíricos que poseía para sanar a los enfermos, y preparándolas para la administración hospitalaria (Díaz 2006:3). En 1833, Federico Ozanan renovó y adaptó sus enseñanzas a los tiempos modernos con la creación de Las Conferencias de San Vicente de Paúl (Penagos 1999:31).

casonas payanesas se encierran nuestras mujeres y se encerraban a nuestros niños con ojos acostumbrados a mirar por todas partes cuadros de santos, oídos enseñados a oír oraciones a toda hora, olfato acostumbrado al incienso que ardía ante la imagen del crucificado, manos habituadas a manejar paños de altar, y en donde para la lectura ordinales se hallaba siempre sobre una mesa a San Francisco de Sales, a Tomas de kampis, a la condesa de Flavigny o la Santa Biblia¹².

Es el cuadro de una comunidad donde prevalece una economía simbólica cristiana, regida por una economía moral donde las prácticas caritativas tenían gran peso. Fue en este ambiente donde había sido criado Maya. El testimonio de Arboleda (citado en Gómez 1955:12-14) refiere que en su infancia ya realizaba obras de caridad, compartiendo su alimento con los mendigos, que usualmente tocaban a las puertas donde se les atendía con piedad, ello a pesar de que su familia era de escasos recursos económicos. En 1863, su padre al descubrir que se dedicaba a buscar a los enfermos por los tugurios de la ciudad para curarlos, le permitió dedicarse públicamente al servicio de ellos. Se debe tener en cuenta que los liberales habían heredado una red de beneficencia pública muy deficiente; se componía de tres lazaretos y de algunos hospitales de caridad y casas de beneficencia, creados en su mayoría durante la colonia por congregaciones religiosas. A ello se suma que las iniciativas estatales en cuanto a este ramo cada vez eran más escasas (Martínez 2001:181). Particularmente en el caso de Popayán la asistencia a los pobres quedó a cargo de instituciones caritativas hasta bien avanzado el siglo XX. Este ambiente favoreció la actividad que llevara a cabo, desempeñando una gran actividad caritativa para socorrer a los más necesitados de la urbe y sus alrededores. Más sin embargo, se debe aclarar que ello fue posible debido a la continua ayuda que le prestaban los señores de la ciudad como se podrá apreciar en páginas posteriores.

La actitud personal de Maya se encontraba en concordancia con el peso del catolicismo en las relaciones cotidianas y en las formas de representación de la vida social, la cual era tan fuerte que favorecía el que los payaneses continuaran enfrentándose a las políticas de corte liberal. Así tenemos que entre 1876 y 1877 se sucedió una de las revoluciones más desastrosas de Colombia (Valencia 1988:27). Este enfrentamiento tuvo nuevamente como origen la prohibición que hizo el liberalismo de dar enseñanza religiosa en las escuelas oficiales, por lo que los dirigentes de Popayán

¹² *Revista Popayán* (1931). Año XII, N° 145, Septiembre, pág. 140. La Revista Popayán se editó entre 1907 y 1984, para la presente investigación sólo se han consultado aquellas que comprenden la época de estudio.

iniciaron un enfrentamiento para evitarlo, apoyados por los clérigos de la ciudad de Pasto. Al grito de “viva la religión, viva el padre Holguín y el Partido Conservador”, y con vivas a la Santísima Trinidad, al obispo de Popayán y al papa Pío XI, atacaron la ciudad de Palmira –que se encuentra a pocos kilómetros de la ciudad de Cali-. Algunos sacerdotes, armados únicamente con la cruz y el rosario conducían los batallones insurgentes llamados “Obispo de Popayán” y “Obispo de Pasto”. En la más famosa, y última batalla que se librara en este enfrentamiento, ocurrida en Los Chancós, al norte del Valle, que dejó alrededor de 400 muertos de 750 combatientes, participaron los conservadores bajo el mando de Sergio Arboleda. Sus soldados llevaban estandartes con la imagen del papa Pío XI y de Cristo (González 1997:236)¹³. La manera en que se procesaba el cambio que propugnaba el liberalismo no era el de su aceptación, sino el de proteger el sistema estamental heredado de la colonia, donde la religión era uno de sus pilares fundamentales, y por ende los caudillos conservadores de Popayán encuentran en Maya un referente para recrear la economía moral del sistema de la caridad, situación que les permitiría contar con sus redes clientelares para movilizarlas en defensa de sus intereses. Sin embargo, lo que ahora me interesa resaltar es el activo papel desempeñado por La Conferencia durante la revolución conservadora de 1876-1877, ya que sí bien es cierto que para la época de estudio ya existían ordenes modernas católicas que actuaban en Colombia tales como el caso de la Acción Social Católica de Antioquia¹⁴, La Conferencia de San Vicente de Paúl en el caso específico de Popayán, a pesar de realizar una labor en el campo de la modernización de la salud que detallaré en el siguiente capítulo, continuaba empeñada en su sectarismo religioso, a tal punto que

¹³ Es interesante señalar que el ejército liberal que venciera a Arboleda fuera dirigido por Julián Trujillo, otro de los caudillos payaneses del siglo XIX. Siendo presidente de Colombia entre 1878 y 1880 realizó una serie de reformas liberales en el plano económico, que incluían la construcción de los ferrocarriles del Pacífico que iba de Buenaventura a Cali; el de Antioquia y el de Cúcuta. El inicio de las excavaciones del Canal de Panamá. Impulsó la navegación por el Río Magdalena y el desarrollo de la minería moderna en el Cauca. Cabe señalar que a pesar de estas medidas seguía siendo un hombre profundamente religioso, a tal punto que durante su presidencia se propició la derogatoria de las leyes de inspección de cultos y de destierro de varios obispos del país. Así mismo se iniciaron las conversaciones con la Santa Sede para la firma del Concordato que se celebraría en 1887 durante la presidencia de Núñez.

¹⁴ En Antioquia funcionaba desde la década de 1880 La Acción Social Católica de la Compañía Jesuita, implementando un modelo educativo que desplazó el problema de la esfera religiosa al campo secular, consagrando al trabajador a la fábrica, alejándolo del vicio, del consumo conspicuo, de las energías físicas que se desgastan con el uso de la sexualidad. Lo que corrió paralelo al primer ensayo de restauración de la moral de las costumbres en Colombia. Esta institución perduró hasta los años cincuenta del siglo XX en esta región del país: “El conjunto de las presiones que el patronato ejerció sobre la vida dentro y fuera del trabajo obrero promovió pues de modo efectivo la disciplina y el orden, la sumisión y la dependencia, y por lo tanto contribuyó decisivamente a la organización del dispositivo moral de las primeras fabricas” (Mayor 1989:267).

diversos testimonios recopilados en Valencia (1988) señalan que los asistentes a las escuelas liberales eran condenados con las llamas del purgatorio.

Si bien es cierto Maya no contaba con conocimientos científicos sobre medicina servía como enfermero empírico en el campo de batalla de esta revolución, ayudando a los heridos de ambos grupos ideológicos. A pesar de que la ciudad contaba con el Hospital de La Caridad no se puede hablar de dicha institución como una entidad al servicio de la salud ya que de preferencia su papel era como albergue de los enfermos como ilustrare en el siguiente capítulo donde se muestra el activo papel que cumplió en el tránsito de los sistemas caritativos públicos a los de asistencia médica social públicos. El testimonio de Arboleda recopilado por Gómez (1955:29) señala que debido a la intensidad de los combates se presentaron tantos heridos que no cabían en la Casita de la Caridad¹⁵, por lo cual la población los acogió en sus hogares; Toribio se encargaba de visitar y atender a cada uno en las casas que los acogieron. Tanto sí eran conservadores como sí eran liberales, ya que él se daba al cuidado de los enfermos sin ningún celo ideológico. Sin embargo, sus actitudes personales recreaban una economía moral católica, donde la ayuda caritativa para con los enfermos era uno de sus elementos constitutivos. Por el momento lo que deseo resaltar es que en la década de los años setenta del siglo XIX aparecieron grupos con fuertes intereses económicos que nuevamente consideraban que la culpa de la continua crisis en que se encontraba El Cauca se debía a los gamonales radicales que no permitían el establecimiento de la paz necesaria que requería el desarrollo económico. Así apareció “El Telégrafo” en 1875, organización integrada por comerciantes importadores-exportadores, terratenientes y empresarios de obras públicas, quienes empezaron a criticar el manejo de la política que se desarrollaba al interior de la región, marcada sobre todo por la intolerancia de los conservadores (Valencia 1988:174)¹⁶.

En 1879 nuevamente se presentó otra revolución caucana en contra de las políticas liberales; en esta confrontación Maya actuó de nuevo como enfermero empírico; durante

¹⁵ No se debe confundir con el Hospital de La Caridad, ya que como se verá en el siguiente capítulo la institución hospitalaria en esta época era tan deficiente que llevó a que algunos de los personajes más acaudales de la ciudad, tales como Susana y María Teresa Arboleda, Carolina de Olano, Catalina Urrutia, Dolores García y otras, mantuvieran un institución que prestaba servicios médicos básicos llamada la Casita de La Caridad (Valecilla, citado en Gómez 1955:45).

¹⁶ El telégrafo estaba compuesto por el conjunto empresarial que dominaba la vida económica del Estado del Cauca. Su sede se encontraba en Palmira (ubicada en el actual Departamento del Valle que para ese momento era parte del Gran Cauca), centro productor de los artículos exportables y de las transacciones comerciales que se destinaban a la exportación (Valencia 1988:174).

el combate de Amaime¹⁷ resultaron heridos cerca de 400 soldados, el general conservador Eliseo Payán (quien fuera presidente de la República en 1888) fundó en Popayán un hospital de sangre, designándolo como encargado, y, fue tal su mérito en dicha institución que el testimonio escrito por Arboleda, y que fue recopilados por Gómez (1955:29) señala que muchos de los heridos se curaron gracias a sus cuidados. El hecho de que el hospital se colocará bajo su cuidado muestra el gran reconocimiento social que tenía su obra, acción que se veía favorecida por la precariedad de la institución de la salud en Popayán.

Las penurias causadas por esta confrontación permitieron que las ideas expuestas por El Telégrafo tomaran más fuerza, sirviendo de plataforma para crear el programa económico de La Regeneración, nombre que recibe la reforma política adelantada durante la presidencia de Núñez y que es reconocida como la que encauzó a Colombia por la senda definitiva del progreso. Entre sus logros más notables se encuentra la Constitución de 1886 que estuvo vigente con diversas reformas hasta el año de 1992. Establecía un estado centralista que puso fin a las guerras provocadas por el caudillismo regional; la ejecución de las obras públicas prioritarias para facilitar el comercio (ferrocarriles, caminos, navegación a vapor) facilitando la exportación de nuevos artículos; creación de bancos para financiar el proyecto. La política educativa que durante medio siglo había enfrentado en un juego de poderes a liberales y conservadores fue entregada a la Santa Sede mediante la firma del Concordato que se celebraría en 1887 y duraría hasta 1992. Esta aparente contradicción se presentó en varios países de América Latina, como por ejemplo durante la época garciana del Ecuador¹⁸. Desde esta perspectiva se podría catalogar a la Regeneración como la política católica progresista que encauzó a Colombia por la ruta del progreso desde el respecto a la tradición católica.

¹⁷ Amaime se encuentra ubicada en el actual Departamento del Valle que para ese momento era parte del Gran Cauca (Ver mapa 1, pág. 12).

¹⁸ La historiografía que se refiere a García Moreno (1860-1875) lo representa como un personaje contradictorio, ya que por un lado se lo reconoce como portador de una ideología católica conservadora, y, por otra parte como representante de un moderno liberalismo (Maiguashca 1994:384). Ante estas dos posturas contradictorias; Demélas y Saint-Geours (1989) evidencian como las mismas no eran incompatibles, dado que lo que hizo fue poner en práctica un ideal católico progresista que se adecuaba a las circunstancias reales de su época. Sin embargo la postura que más tenía peso en su ideal político era su vocación religiosa. Desde esta óptica, García Moreno pretendía resolver el problema de la legitimidad y la identidad desde los resortes del catolicismo, para lo cual planteó la necesidad de crear una república religiosa (Maiguashca 1994:385).

Para detener La Regeneración en 1885 se presentó de nuevo una guerra civil en contra del proceso liberal. En tanto el catolicismo se movilizaba para obtener un puesto privilegiado en este proceso, y, los caciques políticos conservadores reaccionarios enfilaban sus hombres contra los liberales, Maya se distinguía en el campo de batalla socorriendo a los heridos de la contienda sin importar su bando militar. Posteriormente, el testimonio escrito de Pedro José Solarte recopilado en Gómez (1955:30) manifiesta que en el sitio de La Chorrera ellos se encontraban prestos a emboscar el pelotón que se acercaba cuando descubrieron que entre ellos se encontraba Maya, por lo cual desistieron de su acción para no lastimarlo, al contarle esta anécdota le dijeron: “le juro que sí le hubiéramos matado yo me habría dado un tiro antes que volver a Popayán con ese crimen”. El testimonio escrito de Vine (citado en Gómez 1956:43) señala que en las guerras los soldados gritaban: “cuidado con echarle bala, es Toribio Maya, el santo de Popayán”. Es decir que él ya era reconocido como un santo en vida debido al apostolado de caridad que venía desarrollando; su imagen inspiraba tal respecto que le servía como escudo protector en el campo de batalla. Incluso iba más allá, ya que de igual manera era un símbolo de la economía moral cristiana puesta en entredicho por la economía burguesa proyectada por el liberalismo, así el se encontraba en medio de un juego de imágenes, por una parte las proyectadas por el orden tradicional que se estaba resquebrajando, y por otra, las del naciente orden burgués.

En 1879 Maya estuvo gravemente enfermo, debido a una pulmonía que lo puso al borde de la muerte. Lo que me interesa señalar de la anécdota de su enfermedad es que para esta época se percibe la gran movilidad popular que podía alcanzar; tal y como se deduce del siguiente testimonio escrito, que no dice que “ante su inminente muerte, las multitudes no lloraban sino que gritaban de desesperación cuando salió la noticia de que iba a entrar en agonía” (Tomás Maya, citado en Gómez 1955:95-96). Pero no era sólo el pueblo el que lamentaba su estado de salud, sino también los señores conservadores de la ciudad, a tal punto que trajeron a un médico positivista para atenderlo. Se ve así como se encontraba en medio de un engranaje, por una parte la de los pobres que ya lo empezaban a reconocer como su santo en vida y por la otra la de las élites que continuarían apoyándolo en sus obras caritativas. Después de su recuperación vendió el taller de hojalatería que le había heredado su padre, y con este dinero y mediante el que recogía por intermedio de la limosna se dedicó a la caridad pública, destacándose que jamás se caso (Testimonio citado en Caicedo 1955:25).

Así iba caminando en medio de los bandos combatientes, asistiendo a los heridos de uno y otro bando sin despertar el más mínimo sentimiento de que estuviera realizando espionaje para el bando contrario (Arboleda, citado en Gómez 1955:31). La intolerancia política venía aminorando. Con la constitución de 1886 se concretaría la unidad nacional con la promulgación del estado centralista que acabaría con los Estados Soberanos y colocaría en su lugar a los Departamentos, llevando al fin de los caudillos militares. Sin embargo la carta magna entregó las acciones asistenciales a la Iglesia, situación que favoreció la actividad realizada por Maya como se vislumbra en las siguientes páginas.

A esta situación se sumó en 1888 la muerte de dos de los grandes caudillos de Popayán, Sergio Arboleda y el general Mosquera (Castrillón 1989:75). Paradójicamente el mayor representante del conservatismo caucano y su más acérrimo enemigo. En este mismo año, otro caudillo de la ciudad, Eliseo Payan¹⁹, quien como vicepresidente de Núñez había asumido la presidencia en 1887, fue depuesto de su cargo por expedir un indulto general para todos los expatriados y presos por motivos políticos, ya que se rumoraba que con ello se estaba destruyendo el orden creado por La Regeneración. Así desapareció de la vida política el último de los caudillos caucanos. Esta serie de situaciones llevo a que Popayán –cuyas luchas dominaron la historia de Colombia desde la independencia-, perdiera su papel preponderante en los procesos políticos y se convirtiera en una ciudad periférica (Valencia 1988:285). Se debe agregar que las ciudades de Palmira (como se recuerda cuna del Telégrafo) y Cali apoyaron continuamente a Núñez, por lo que al tomar la iniciativa, desplazaron a Popayán (Valencia 1988:193). A la pérdida de liderazgo político se sumó la apertura del camino Cali-Buenaventura (primera etapa del ferrocarril que vendría después). Así Cali se integró al comercio internacional por el Pacífico y el Canal de Panamá, desplazando hacia esta ciudad la hegemonía comunicacional de Popayán, que era mantenida por intermedio del Camino de Guanacas y del Río Magdalena desde la época de la conquista. “Popayán pasaba así, de puerto distribuidor del comercio que venía de Europa y Estados Unidos para el Valle del Cauca, Nariño y Ecuador, a ciudad marginada e incomunicada” (Castrillón 1989:75). Esta situación propició que la ciudad no pudiera detener la desmembración del Gran Cauca que se daría durante la primera

¹⁹ Eliseo Payan era una de los caudillos políticos que dominaba la vida política del Gran Cauca desde 1867. Él había montado el hospital de sangre que había sido entregado a Maya.

década del siglo XIX. La grandeza de los caudillos se forjaba en el campo de batalla por lo que la paz significó la ruina de su sociedad. Es en este contexto de profunda crisis social, económica y política que deambulaba Maya prestó a atender a los más necesitados de la ciudad.

2. La Conferencia de San Vicente de Paul y el Sistema de La Caridad.

A pesar de que La Conferencia había sido fundada en 1872 las continuas penurias económicas en que se encontraban los miembros de la sociedad payanesa por motivo de las guerras a las que continuamente se veían abocados llevo a que su funcionamiento en sus inicios fuera muy precaria. Esta situación no desalentó a Maya, quien con el paso de los años se convertiría en uno de los miembros más activos de esta organización religiosa. Como lo recuerda el testimonio de Ayerbe, recopilado por Gómez (1955:59) él había decidido dedicarse a practicar la caridad tomando como guía a San Vicente de Paúl. De igual manera este autor comenta que se dedicó al servicio de los enfermos a la edad de 30 años, es decir en 1878, ya que hasta dicha fecha se vio limitado por el oficio de hojalatero que ejercía, profesión que heredó de su padre. Su acción se contextualiza en las confrontaciones que sostenían conservadores y liberales, como hemos visto se desempeñaba como enfermero empírico en el campo de batalla. Sin embargo, también asistía a los enfermos que de preferencia eran personas pobres, ya que el siguiente capítulo se aprecia que los ricos contaban con la posibilidad de pagarse la consulta privada de un médico positivista. Por ende se empieza a establecer una relación trídica entre la pobreza, la enfermedad y sus acciones caritativas.

En 1885 La Conferencia tomó un nuevo impulso, pretendiendo convertirse en uno de “los poderosos remedios del mal social en el siglo XIX” (La Semana Religiosa 1885:213-217). A pesar de que la anterior cita no dice explícitamente que se entendía por el mal social se deduce que se refiere al avance inexorable del liberalismo que se intensificó en la segunda década de 1880. En este orden de ideas en 1886 se inauguró la nueva Constitución Política de Colombia, que como se reseñó condujo al país por la senda del progreso, pero que al mismo tiempo le entregó un año después el control de la educación a la Iglesia Católica con la firma del Concordato entre la Santa Sede y el gobierno nacional. En palabras de Castro (1996:250-251) con la nueva carta magna se le devolvió la responsabilidad de la asistencia social a la iglesia, retomando el concepto de caridad, que estaba acorde con la ayuda que la elite quería brindar y reforzó el orden

social católico. La caridad, entonces, se estableció como instrumento de perfeccionamiento espiritual y se canalizó a través de instituciones como hospitales, hospicios, orfanatos y escuelas; siendo una de las de mayor éxito la Conferencia de San Vicente de Paúl. El monopolio educativo por parte de la institución eclesial colocó el punto final a las disputas que se habían establecido entre liberales y conservadores por el control del aparato de instrucción oficial, sin embargo el concordato reforzó el imaginario de la economía moral del catolicismo, uno de cuyos componentes fundamentales eran el sostenimiento del sistema caritativo sostenido por los señores de la ciudad.

La Conferencia se reorganizó en 1894. Estimaba que las familias adineradas y aún las que no tenían gastaban cada año en limosnas miles de pesos, en tanto su presupuesto era muy humilde; por lo que sus miembros propusieron reorganizarla como una sociedad de beneficencia. La diócesis argumentaba que el indigente necesitaba con frecuencia más que dinero, consejos, instrucción y aliento para vivir honradamente (La Semana Religiosa 1894:4-5). Se debe tener en cuenta que los conservadores mostraban tener una óptica más coherente de la cuestión social²⁰, que se articulaban alrededor de la idea y las prácticas de la caridad, apuntando a ganarse la simpatía de los artesanos (Martínez 2001:183). Con las Sociedades Católicas, tal y como escribe para el caso ecuatoriano Kingman (2007a:3): “Lo que intentaba la Iglesia y los sectores ligados a ella era crear espacios de reinserción social en la política a partir de antiguas instituciones católicas “no políticas”, como la educación, la familia y la asistencia social”. Las instituciones de caridad no sólo permitían contar con una red de relaciones clientelares, sino asegurar la reproducción de un sistema patrimonial basado en la división estamental de la sociedad. Sin embargo al mismo tiempo que se presentaba una división de la sociedad en castas, existía una preocupación por el Otro. “Ninguna sociedad estamental podía mostrarse indiferente a las condiciones económicas y morales de sus miembros, no sólo porque esto acarrearía costos sociales y políticos sino porque contradecía el “orden de lo imaginario” (Kingman 2007a:61). Y es que se debe tener en cuenta que la caridad funcionaba en una doble vía, en un extremo los dadores de dones, especies que se repartían entre los pobres, y del otro las estratos menos favorecidos quienes daban por sentado su papel de beneficiados; lo interesante de Maya es que se encontraba en medio

²⁰ La cuestión social hacía referencia a las medidas, que en el siglo XIX, se implementaron para contrarrestar la amenaza política y social que representaban los pobres (Martínez 2001:32).

de ambos grupos sociales, haciendo las veces de un engranaje por cual transitaban dones y contradones, especies y obediencia, recreándose así el sistema patrimonial uno de cuyos mecanismos era el sistema de la caridad cristiana.

Por el contrario los liberales desestimulaban la caridad, considerándola como una práctica que no permitía el desarrollo de las potencialidades de cada individuo, ya que ellos se levantaban sobre las contingencias del mundo por sus capacidades personales sin necesidad de acudir a la mendicidad proporcionada por otros. En este orden de ideas Romero (1976:272,311-312) escribe que el liberalismo implicaba que las relaciones sociales se despersonalizaran, y, por ende la caridad pasaba a ser un problema del Estado. Así, aunque aumentó la cantidad de los mendigos, fue muy difícil que una dama caritativa siguiera teniendo “sus pobres”, ya que ellos desaparecían de la mirada del burgués, el éxito era producto individual y en consecuencia la ociosidad no se alentaba. Así tenemos el enfrentamiento de dos imaginarios, de una parte el del sistema caritativo y de otra el del individualismo liberal. Se debe tener en cuenta que a pesar de que en Popayán habían surgido caudillos de pensamiento liberal, era más fuerte el pensamiento conservador, por lo que el sistema de la caridad tenía gran peso en el catolicismo que practicaban la mayoría de sus habitantes, a tal punto que dichas situación se reproduciría hasta bien entrado el siglo XX.

Velásquez (1983:118-119) establece que durante la primera mitad del siglo XIX en Popayán, el sistema de la caridad era un mecanismo que permitía ligar los diversos estratos de la sociedad payanesa. Según los patrones religiosos eran loables aquellas acciones destinadas a ayudar a los pobres y a mejorar su nivel de vida²¹. Sin embargo se debe ser cauto con la apreciación de este autor, ya que como he mostrado al interior de la urbe existían grupos sociales contrapuestos al pensamiento conservador que buscaban resquebrajar el orden tradicional. A pesar de que fuera mayor la fuerza del catolicismo no se debe caer en el error de concebir a Popayán como una sociedad sin enfrentamientos, pareciera ser que lo que sucedió fue que la crisis en que se sumergió la ciudad hubiera permitido el reforzamiento del orden católico en la mayoría de sus miembros. Finalizando el siglo XIX se presentó una situación de precariedad tan aguda

²¹ La afirmación de Velásquez era aplicable aún para la ciudad casi un siglo después, tal y como lo manifiesta en la investigación que adelantara Whiterford en los primeros años de la década de 1950 y que será presentada al final del presente capítulo, ligando así el trabajo histórico con una lectura contemporánea sobre el peso que la ciudad señorial tendría en Popayán.

entre los pobres que fue necesario reforzar el sistema de la caridad como un mecanismo redistributivo:

Entre nosotros a pesar de la crisis económica que se viene acentuando cada día más y del precio verdaderamente increíble que tienen las cosas más necesarias para la vida, no se haya visto todavía el caso de que alguien perezca de miseria, con ser tantos los que se acuestan cada noche sin saber cómo obtendrán el pan del día siguiente: estos no perecen, porque los que tienen pan parten el suyo con los que no lo tienen (La Semana Religiosa 1894:1-2)

La pobreza contaba con una gradación, de una parte se encontraban los “pobres vergonzantes” constituidas por personas honorables que “temporalmente” pasaban por un periodo de penurias económicas, a los cuales se les protegía de la humillación que se producía cuando era de conocimiento público, mediante mecanismos como la visita domiciliaria que permitía guardar la reserva y el anonimato (Ricci 1993, citado en Bolufer 2002:110). Es de suponer que algunas de las familias que atendiera La Conferencia se encontrara en dicha situación, ya que la visita que realizaban sus miembros para repartir sus dones se hacían en el hogar de los beneficiados, más aún cuando consideramos la crisis económica en que quedó la ciudad después de la desmembración del Cauca, situación que afecto a dichas personas. Kingman (2007a:21), establece para el caso ecuatoriano que en su mayoría eran “gente sin oficio”, incapacitados socialmente para el trabajo. A pesar de que sus condiciones de vida los situaban de manera similar a las del resto de pobres no compartían su cultura (Kingman 2007a:21). Dicha situación debió de ser más aguda en el caso de Popayán, ya que el sistema esclavista que perduro en la ciudad facilitaba el hecho de que se hubiera creado un clima moral antagónico a la ética del trabajo²² y por ende es presumible que estos pobre vergonzantes no estuvieran capacitados para desempeñarse laboralmente, pero a pesar de ello contaban con una cultura que los diferenciaba del resto de pobres de la ciudad.

También se encontraban los “pobres de solemnidad” quienes eran aquellos cuya pobreza se reconocía públicamente y certificada con el objeto de recibir asistencia

²² Como ya he caracterizado brevemente Popayán fue sede de una sociedad esclavista, por lo cual el trabajo era mal considerado, al ser delegado a los esclavos, seres inferiores capacitados para ejercer las labores. Por el contrario en regiones menos esclavistas como Antioquía, el trabajo perdía sus connotaciones negativas y se lo valoraba positivamente, ya que era una sociedad característicamente abierta. En primer lugar la institución de la esclavitud era débil en ella, por lo cual el desprestigio social al trabajo disminuyó, en la agricultura la labor manual era tenido en alta estima y el de las minas considerado igualmente honrado. Mayor (1989:271) establece que pareciera ser que dicha situación llevo a que los antioqueños no tuvieran ni inculcaron nunca a sus hijos algún tipo de pretensiones aristocráticas, situación contraria a la descrita en el presente caso de estudio.

(Ricci 1993, citado en Bolufer 2002:110). Era a ello a quienes principalmente se dirigían los esfuerzos de La Conferencia, para ello contaban con una serie de familias que socorrían, a las cuales les llevaban un auxilio semanal para ayudar a suplir sus necesidades, consistente en la gran mayoría de los casos en entregar una donación en especie, a menos que por circunstancias muy especiales se vieran obligados a darles tales auxilios en dinero²³ (Conferencia 1912:2). Cabe destacar el hecho de que sólo en situaciones coyunturales se entregara dinero directamente, ya que de preferencia la ayuda que se brindaba consistía en especies, tales como ropa, alimentos, materias primas para la construcción o reconstrucción de las casas que eran afectadas por desastres naturales, o incluso pagando el alquiler de habitación de los más pobres (La Semana Religiosa 1899:597-598).

La ayuda a los pobres era percibida, en este sentido, como un recurso que favorecía no sólo a los donados sino también a los propios donantes, contribuyendo a fortalecer la influencia del clero sobre las élites, generando un campo de acción para los ciudadanos, y de manera más específica para las “grandes familias”, que compartían un estilo de vida en común en la cual las prácticas asistenciales jugaban un importante papel como formas de auto identificación (Kingman 2007a:25). Esta aseveración de Kingman, es aplicable en el contexto de Popayán, dado que al interior de la ciudad se daba una gran profusión de organizaciones caritativas, entre ellas Las Señoras de La Caridad que se reunían para confeccionar ropas para los pobres; Las Luisas eran una versión adolescente de las primeras; El Club Noel también estaba formado por mujeres adolescentes, encargándose de alegrar las fiestas decembrinas de los necesitados repartiendo la ropa que hacían para ellos. Estas organizaciones católicas estaban formadas por los miembros de las clases adineradas, a tal punto que se convertían en lugar de encuentro de la sociedad payanesa. Esta situación era más evidente en el caso de las mujeres, dado que las mismas en aquella época aun continuaban subsumidas dentro de un sistema social que las protegía del peligro que se encontraba en el exterior. En el caso del Club Noel el testimonio de Arboleda, recopilado en Gómez (1955:36)

²³ Para recoger el dinero con el cual se compraban las especies existían dos mecanismos, el más importante eran las donaciones semanales que hacían los socios para socorrer a “sus pobres”, el otro provenía de la caridad pública que entregaba sus donaciones directamente a la organización para ser administrada por La Conferencia (La Semana Religiosa 1895:399).

consigna que en cierta ocasión sus socias le pidieron a Maya que les entregará una lista de las personas más necesitadas para entregarle la ropa que habían confeccionado, pero fue tal la cantidad de postulantes que presentó que tuvieron que prescindir de sus servicios.



Oleo N° 2, Misa en Popayán, obra de Efraín Martínez, tomado de *Revista Popayán*. (1931). Año XII. N° 145, Septiembre. Sobre el cuadrado he enmarcado la imagen de Maya.

Sí bien es cierto que existían varias organizaciones caritativas en Popayán, en el presente escrito resalto la relación que mantuvo Maya con La Conferencia, dado que fue en ella donde más sobresalió. Es interesante también señalar que una de las grandes familias que se destacaba fueran los Arboleda, núcleo al cual él estaba unido, no por consanguinidad sino por afinidad, a tal punto que en varios testimonios escritos sobre su vida y que ya he reseñado se narra que contaba con una habitación en la casa Teresa arboleda, puesta a su disposición cuando lo requiriera. Es así como se entiende que pudiera vivir durante un año en esta alcoba cuidando a un sacerdote lazarista que a pesar de la expulsión de su orden religiosa como consecuencia de la guerra civil de 1875, no pudiera viajar por

encontrase gravemente enfermo de tuberculosis. Fue trasladado al hogar de la señora de Arboleda en la cual Maya le sirvió como enfermero empírico, haciendo vida común con él hasta el día de su muerte en 1876. De igual manera el testimonio del sacerdote Mercado recopilado por Gómez (1955:24) narra que Maya con su ayuda organizaba la misa para los leprosos que mantenía en Pubús, al igual que la celebración de la cuaresma y la navidad. Se realizaba en la finca de Chuni, que se encontraba a 2 kilómetros y medio de este lugar. Lo que deseo resaltar de esta cita es que la propiedad campestre pertenecía a la familiar Arboleda, la cual dejaban a su disposición a pesar del prejuicio social que recaía sobre la contaminación que podían provocar los leprosos. Este aspecto se desarrolla en el segundo capítulo de la presente investigación.

La caridad era una clase de trabajo dirigido a la conservación o al incremento de formas específicas de capital simbólico (Bourdieu 1987:108, citado en Kingman 2007a:20). Generando un doble beneficio, ya que al mismo tiempo que aumentaba la red de relaciones terrenales, garantizaba un lugar en el paraíso. Lugar al que deseaba ingresar Maya, quien todos los días permanecía rezando en la Iglesia de La Catedral, evento que sólo interrumpía cuando era reclamado por los enfermos pobres. Un testimonio escrito expresa que al preguntarle el por qué de sus continuos rezos respondía: “es que quiero asegurar mi salvación, y tengo mucha necesidad de ello” (Urrutia, citado en Vidal 1959:20-23). Era tal el sentimiento que lo animaba en su labor que al no poder obsequiarles dinero a los marginados de la ciudad –representados en los pobres, los enfermos, las prostitutas y los leprosos- se convirtió en su intermediario ante los señores de Popayán. Su labor se enmarcaba dentro de la economía moral de la iglesia católica que se concretaba en el funcionamiento de La Conferencia, institución a la cual le suplicaba de preferencia su ayuda para ejercer su labor caritativa. Era tal la carga simbólica que lo rodeaba que como hemos visto lo brinda en los campos de batalla de las guerras religiosas reseñadas. No contaba con ningún capital económico, en su lugar poseía un capital moral y simbólico que le permitía constituirse en el núcleo del accionar caritativo desplegado en la ciudad, no por los aportes monetarios que tuviera sino por ser el distribuir de los dones que los señores de la ciudad le entregaban en sus manos para quienes su pobreza era superada por su riqueza espiritual.

Sin embargo iba más allá, trascendiendo la ayuda que La Conferencia le brindaba para su accionar caritativo; acudía también directamente a solicitar las ayudas para las personas que socorría, ya que “era el hombre de Popayán, que podía entrar en todas las casas de pobres y ricos y aún más, de enemigos de la Religión; siempre bien recibido,

como una bendición de Dios” (Viné, citado en Gómez 1956:43). Es de destacar que de la cita anterior se pueda colegir que incluso moviera la sensibilidad de las personas que no profesaban el catolicismo, logrando obtener de algunos de ellos la asistencia para sus socorridos. Más que un hombre era el símbolo de encuentro de los diferentes segmentos de la sociedad payanesa.

A pesar de que la Constitución de 1886 había logrado generar un periodo de paz se interrumpió en 1899 con el inicio de la última y la más larga guerra civil colombiana que enfrentara de nuevo a conservadores y liberales, La Guerra de los Mil Días (1899-1902), provocada por los liberales que eran excluidos del gobierno conservador que se había tomado el poder desde La Regeneración. A pesar de que Maya fue incorporado como ya era de costumbre por el gobierno conservador como enfermero (Vidal 1959:3-4) lo que deseo resaltar en este punto es que la duración de esta confrontación precipitó a Popayán en el proceso de marginación que venía padeciendo desde hacía años. A ello se sumó que en 1903 Panamá se separó del Departamento del Gran Cauca, iniciándose así la desmembración de su territorio, no pudiendo evitarse dado que los grandes caudillos militares de origen payanes habían desaparecido de la vida nacional²⁴. Popayán se precipitó a la ruina económica con el fin de la Guerra de los Mil Días, situación que se profundizó con la consolidación de la desmembración del Gran Cauca en 1910. Es en

²⁴ El proyecto de división del Gran Cauca se perfilaba desde 1860, pero sólo se patentizó entre 1904 y 1910, liderado por la ciudad de Cali, que veía en Popayán a una potencial rival (Veléz 1994). El 6 de Agosto de 1904 se sancionó la ley por la cual se inició unilateral e implánficadamente el fraccionamiento del Gran Cauca. Sus fértiles valles se convirtieron en el Valle del Cauca, sus minas pasaron a los departamentos de Nariño y Antioquía, sus tierras inexploradas pasaron al Departamento del Huila; de los 670.000 Km² de su superficie sólo le quedaron 30.724 km², de los cuales se explotaban desde La Conquista 60.000 hectáreas, con unas 16.000 cabezas de vacunos. De igual manera la población que podía consumir y con ello generar un proceso de industrialización descendió de una población estimada para 1.871 de 435.078 habitantes, 30% de los cuales tenían un consumo urbano, a 206.113 en 1.905, el 87% eran indígenas, pobladores de los campos con un bajo nivel de consumo, llevando a que se desalentara la producción, ya que no se contaba con la población que pudiera comprar los productos que se podrían elaborar. También cayó la influencia política nacional, ya que la representación de Popayán ante la misma descendió. La ciudad perdió más del 90% de sus rentas por impuestos; el comercio local que se respaldaba de las firmas comerciales crediticias, importaciones y amplios mercados con consumo local también desapareció. Se presentó un éxodo creciente de familias que buscaban las ciudades donde tenían representados sus intereses ya que ellas se constituían en los horizontes propicios para sus aspiraciones. La solución para la problemática de Popayán consistía en una mejor explotación de la tierra y la ganadería; generar la transformación de la materia prima en manufactura para exportarla, más sin embargo no se contaba con el capital para hacerlo y tampoco existía el incentivo de los posibles consumidores; Cali contaba con escasos 22.000 habitantes, Pasto y Neiva estaban prácticamente incomunicados (Castrillón 1970:18). La ciudad perdió su hegemonía comunicacional y comercial por la supresión de la ruta del Río Magdalena y el Camino de Guanacas cuyo tráfico se desvió por el Istmo de Panamá y la Vía de Buenaventura que se controlaba desde la ciudad de Cali (Castrillón 1989:91). De esta manera Popayán se convirtió en una ciudad marginal de Colombia.

este contexto donde se reactiva La Conferencia como un mecanismo usado por los señores de la ciudad para socorrer a los más necesitados de la urbe, un juego de poder para reencauzar a los miembros de la sociedad hacia la economía moral del catolicismo. Es así como lo entendía la diócesis local, consignando que sería “un dulce alivio para los pobres, presos, enfermos, moribundos, verse ayudados, asistidos de ricos, que no son amigos escogidos por ellos, sino ángeles enviados del cielo” (Revista eclesiástica 1912:191). Sin embargo habría que hacer la aclaración que estos ángeles eran los antiguos demonios del Gran Cauca, que mediante dicho proceder buscaban legitimarse como el grupo social dominante, ya que este primer epíteto sería más apropiado adosarlo a la imagen de Toribio Maya, el santo de los pobres.

En la segunda década del siglo XX, los señores de la ciudad se consideraban un instrumento de la Providencia para con los más desafortunados, para aquellos a quienes Dios tenía ofrecido el reino celestial, “si en su humildad y resignación aprendían a soportar la prueba a que los sometía” (Conferencia 1916:4). Se continuaba así reforzando la concepción de una sociedad jerarquizada donde cada uno tenía su lugar desde el nacimiento; unos nacían para ser acaudalado en tanto otros nacían para ser pobres. Sin embargo como este era un destino preestablecido el único camino que les quedaba a los últimos era la resignación cristiana para aceptar su destino, en tanto que la misión de los señores era practicar la caridad que se expresaba de preferencia en la limosna (Conferencia 1919:21). Era el juego de poder que desde los documentos emanados por La Conferencia buscaban el restablecimiento del *statu quo*. Para mantenerla la caridad, la diócesis aconsejaba que se debía enseñar a los niños a esta práctica cristiana, argumentando que era un buen sistema de educación acostumbrar desde la primera edad a los hijos a su ejercicio, para crear en sus corazones la necesidad de emplearse en el auxilio de los indigentes. Especialmente durante las fiestas religiosas y sus cumpleaños, se pedía a los padres que hicieran que la limosna les represente algún sacrificio o privación. Se les solicitaba a los progenitores que no se les diera el dinero de ella, sino que lo hicieran por su cuenta y riesgo con lo que destinaban a juguetes, dulces o fruselerías por el estilo (La Semana Religiosa 1889:94). De esta manera la práctica cristiana de la caridad se transmitía de una generación a la siguiente mediante el ejercitamiento del *dar* por medio de la limosna, reproduciendo así el sistema patrimonial ya descrito.

Los socios de La Conferencia se congregaban todos los sábados, tal y como lo establecían sus estatutos. Estas reuniones tenían como propósito unir con mayor fuerza

a los socios con los lazos de la caridad. En ellas se exponían las carencias de los necesitados y cada miembro de la organización religiosa solicitaba lo que requería para las personas que atendía (Conferencia 1916:5). Para tal efecto hacían personalmente una visita domiciliaria semanal. Los vicentinos consideraban que esta actividad era la más provechosa para la edificación de los socios y la más fácil y agradable de practicar. En tal sentido se les solicitaba: “que penetraran a la choza o tugurio del pobre, sentándose y hablando con él, consolándolo y exhortándolo en sus buenos propósitos; convirtiéndose en su amigo verdadero, ganándose su confianza; para así, asegurar ese hombre o familia para el bien, llevando a que el socio se ganara el corazón de Dios” (Conferencia 1912:2). Por intermedio de esta clase de visitas se reforzaban los lazos de afinidad que se establecían entre los señores de la ciudad y sus pobres, además de que la caridad se constituía en el mecanismo más usado para practicar las virtudes cristianas. El hecho de mostrarse preocupados por el “otro”, en este caso los pobres permitía que se los viera como sus benefactores y por ende como merecedores de su respeto y obediencia, más aún cuando se considera que en la ciudad era difícil que se generaran otro tipo de relaciones sociales.

Whiterford (1963:24-25) escribiría refiriendo a esta época que “el choque producido por la pérdida, la sensación de empobrecimiento, condujo a la parálisis, la inactividad, que desterraron e impidieron la completa y activa explotación y desenvolvimiento de aquellos recursos y potencialidades que aun quedaban. El resultado fue el estancamiento”²⁵. Es en este contexto que se puede comprender el hecho de que La Conferencia argumentara que la solución ante la crisis de la ciudad no estaba en el desarrollo de industrias y el incremento de los salarios, sino en allegar los ricos a los pobres; en poner a los primeros en contacto con la miseria, para despertarles su compasión; “en convencer a unos y a otros que estamos en el mundo para cumplir designios de Dios y que debemos, como hijos de Dios como hermanos, amarnos y

²⁵ A pesar de la aseveración de Whiterford se debe tener en cuenta que los dirigentes de la ciudad sí comprendieron que era necesario hacer nuevas vías de comunicación para conectar a Popayán con otras regiones de Colombia, por lo que intentaron dar solución a esta problemática, pero se demoraron, ninguna carretera se construyó antes de 1926, además a los esfuerzos que se hicieron buscando fuentes de desarrollo se les interponía la limitada capacidad de consumo doméstico y de sus zonas de influencia; ejemplos de ello son el Banco de Popayán que quebró en 1924, la Compañía Comercial del Cauca, propiciada con los dineros de la indemnización de Panamá que le tocaban al Cauca también fracasó con la crisis del año 30, la carretera Popayán-Pasto tampoco estimuló el intercambio comercial; en 1937 en la presidencia de Santos se adelantaron multitud de obras con auxilios nacionales, un estímulo que no se transformó en desarrollo al interior de la ciudad; se pidió la indemnización por la desmembración del Gran Cauca, pero el gobierno nacional no la concedió (Castrillón 1989:91).

ayudarnos” (Conferencia 1912:16). Frente a la emergencia de una economía capitalista individualizada se pedía reforzar una economía moral donde las prácticas caritativas jugaban un papel fundamental al ser en puente de unión entre los señores y los pobres.

En la segunda mitad de la década de 1910, La Conferencia, se encontraba con grandes dificultades para seguir con su labor, a pesar de que continuaba proporcionando una ayuda económica a los pobres que fluctuaba entre \$10 y \$25, le resultaba imposible elevar dicha cantidad, ya que aparte de que el número de ellos aumentaba considerablemente, las redes caritativas empezaban a pasar por un periodo de crisis. Como ya se señaló este dinero no se entregaba directamente sino que se transformaba en especies. De igual manera las Señoras de la Caridad -que ayudaban en el reparto de limosnas a domicilio- había dejado de funcionar y el número de las entradas no había crecido en la misma proporción. En 1913 La Conferencia atendía a 120 familias, las cuales en tres años pasaron a 97 (Conferencia 1916). Su ayuda disminuyó en un lapso de tiempo muy corto en un 20% aproximadamente, cifra relativamente alta si se considera que este porcentaje implicaba que de cada diez familias pobres se dejaron de atender dos. A esta situación se suma el hecho de que los miembros de La Conferencia continuamente se quejaban de que a pesar de que querían ampliar su radio de acción para ayudar a los pobres les resultaba imposible realizarlo debido a las dificultades económicas en que se encontraba la sociedad payanesa. De esta manera, a medida que avanzaba hacia la segunda década del siglo XX, solicitaba a las autoridades y a los ricos que se percataran del bien que las Conferencias de San Vicente de Paúl procuraban a la localidad donde funcionaban, expresada en forma de “súbditos sumisos y obedientes a los primeros, o en la de trabajadores honrados y cumplidos a los segundos”, por lo cual les solicitaban su colaboración (Conferencia 1919:8-9):

El rico guardaría siempre las estrecheces leyes de la justicia en sus relaciones con el pobre; y el pobre, a su turno, ofreciendo a Dios las angustias de su miseria, retendría en lo justo sus deseos, y sin dejarse arrebatar jamás por las sutiles sugerencias de los falsos profetas, contribuiría armónicamente con aquél al sostenimiento del orden establecido por la Divina Providencia (Conferencia 1919:25).

Es interesante señalar el hecho de que a pesar de que la ciudad entraba en la segunda década del siglo XX se continuara abocando a un orden jerarquizado, donde cada uno tenía un lugar predeterminado por Dios, haciendo un llamado a no escuchar las sugerencias de los falsos profetas. Aunque no se especifica quienes eran posiblemente se trataba de aquellas ideas que denunciaban a la sociedad estamental de Popayán.

En 1930 Maya moriría; sin embargo lo que quiero resaltar es que muchos años después de su deceso el sistema de la caridad continuaba siendo un mecanismo importante de relacionamiento entre la elite y lo pobres, situación favorecida por el escaso desarrollo industrial de la ciudad. Es así como Crist en 1950 (citado en Torres 2008:69-71) escribía que Popayán no estaba industrializada, contaba con un molino de harina, una destilería de licores y una cervecería como los únicos ejemplos de fábricas que podía señalar. Afirmaba que los payaneses que contaban con recursos económicos no se sentían inclinados a invertir en el desarrollo industrial, a tal punto que incluso habían rechazado en años anteriores una propuesta de empresarios de Cali que deseaban instalar la compañía de Nestlé para el procesamiento de la leche de la región.

En este orden de ideas Whiterford²⁶ escribía que los payanes no sentían necesidad de invertir en el comercio, promover nuevas carreteras, o impulsar el desarrollo industrial de la región. Sus propias rentas podrían ser grandemente aumentadas cultivando algunas porciones de sus tierras o invirtiendo su capital en empresas industriales, pero había poco incentivo. Las rentas de sus haciendas y otras inversiones les eran suficientes para mantener su modo de vida. Además la ganancia difícilmente parecía valer el esfuerzo (Whiterford 1977:95). Según este autor dicha situación era explicable dado que la desmembración del Gran Cauca había generado un ambiente de pérdida, de sensación de empobrecimiento, que condujo a la parálisis y la inactividad, desterrando e impidiendo la explotación de los recursos que aún quedaban. Por ende, durante la primera mitad del siglo XX ellos continuaban añorando su pasado glorioso, lamentando la riqueza y el prestigio que habían perdido (Whiterford 1963:24-25). Las afirmaciones de Whiterford deben ser tomadas con cierta cautela, ya que como he mostrado en páginas previas los dirigentes de la ciudad sí intentaron dar solución a la problemática a que se vieron abocados. Según Castrillón (1970:23) buscaron dar solución a esta problemática, pero se demoraron, ninguna carretera que conectara a la ciudad con el resto del país se construyó antes de 1926, además a los esfuerzos que se hicieron en pos de obtener fuentes de desarrollo se les interponía la limitada capacidad de consumo doméstico y de sus zonas de influencia, ejemplos de ello son el Banco de Popayán que quebró en 1924, la Compañía Comercial del Cauca, propiciada con los

²⁶ El antropólogo norteamericano Whiterford visitó la ciudad por primera vez en 1949, regresando en 1951 para realizar su trabajo de campo que duraría hasta 1952. Su obra se publicó en 1960. Reeditada por la Universidad Nacional en 1963. En el año de 1977 publicaría otro libro sobre la investigación realizada en Popayán.

dineros de la indemnización de Panamá que le tocaban al Cauca también fracasó con la crisis del año 30, la carretera Popayán-Pasto tampoco estimuló el intercambio comercial. En 1937 se adelantaron multitud de obras con auxilios nacionales, una iniciativa que no se transformó en un proceso de desarrollo sostenido; se pidió la indemnización por la desmembración del Gran Cauca, pero el gobierno nacional nunca la concedió. Estos factores sirven como elementos que ayudan a entender la marginación a que se vio abocada la urbe, lo que en cierta medida permitió que conservara rasgos de una sociedad señorial hasta bien avanzado el siglo XX.

Popayán no se desarrolló industrialmente, a tal punto que en la década de los cincuenta Crist (citado en Torres 2008:69-71) argumentaba que la mayoría de los trabajos aún se desarrollaban de manera artesanal. A pesar de que señalaba que ya existían algunos almacenes de ropa, de preferencia los sastres confeccionaban la indumentaria de los hombres y las modistas las de las mujeres. De igual manera destacaba los muebles realizados por los carpinteros y los productos elaborados en las talabarterías, tales como zapatos, sandalias, maletas y objetos de cuero en general. Los herreros y los trabajadores del latón se encargaban de los objetos de hierro y estaño. Estos talleres por lo general funcionaban en los patios abiertos o en las piezas traseras de las casas.

El hecho de que no hubiera industrias modernas facilitaba la continuación del sistema caritativo, tal y como se deduce de las apreciaciones de Whiterford (1963:221) quien consignaba que aún a mediados del siglo XX tenía gran arraigo la idea de que los pobres eran una responsabilidad a ser asumida por los miembros de las clases superiores. Este autor manifestaba que tal actitud provenía de una serie de factores: la estrecha identificación entre la antigua clase alta y las caridades de la iglesia, la tradicional responsabilidad del amo de velar por los que le servían, la importancia de las organizaciones caritativas que eran asumidas por las mujeres de clase alta como un espacio de socialización propio. Se tenía la convicción de que se debía participar en actividades organizadas aprobadas socialmente; y un sentimiento consciente o inconsciente de que se debía dar a los menos privilegiados por lo menos un nivel mínimo de bienes para su sustento si se quería evitar la tensión y los posibles levantamientos. Por su parte, los pobres no consideraban que eran explotados o subyugados por las clases privilegiadas, por el contrario siempre estaban deseosos de aceptar la caridad como prueba de amistad y por ello los honraban por sus ancestros

distinguidos y su riqueza. En este orden de ideas el sistema de la caridad continuaba siendo el lugar de relacionamiento de los pobres y de los señores de la ciudad, situación que se mantenía debido a un acuerdo tácito entre ambos grupos sociales, donde cada uno ocupaba un lugar predeterminado en la sociedad, de una parte aquellos que continuaban entregando sus dones y de la otra aquellos que los aceptaban como un hecho naturalizado.

Las mujeres de clase alta seguían siendo un engranaje fundamental de la Iglesia Católica, agrupadas en torno a las Señoras de la Caridad, escenario desde el cual atendían a los pobres regularmente. Por su parte los hombres proseguían reuniéndose para solicitar contribuciones que destinaban a atender la alimentación de los más necesitados; además se encontraban en los costureros, donde elaboraban la ropa de sus protegidos (Whiterford 1977:126). La descripción que el autor citado hace es la de una sociedad que continua conservándose como tradicional; que se ha encerrado sobre sí misma, a tal punto que incluso afirma que se recelaba de los innovadores, y, aquellas persona que abocan por introducir cambios en este modo de vida eran expulsados o ignorados (Whiterford 1963:260). Este retrato etnográfico concuerda con la metáfora que existía (y en cierto sentido aún se conserva en la actualidad) de que la carretera que conduce de Cali a Popayán era el del túnel del tiempo, el del paso de una ciudad desarrollada a una premoderna.

Como último punto quisiera anotar que 1967 Popayán formó parte de una investigación adelantada por La Universidad de Florida y la Universidad del Valle sobre valores de desarrollo en Colombia. El estudio tomó como modelos tres ciudades del país: Medellín por ser industrial, Cali por encontrarse en proceso de industrialización y Popayán como paradigma de una ciudad tradicional. Los resultados fueron recopilador por Weber y Zamorano en 1975. En referencia a Popayán se señalaba que sus habitantes orientaban generalmente sus energías e inteligencia a la política y la literatura y no hacia el comercio y la industria. Moviéndose entre la ciencia y la religión, debatían sus ideas y creencias favoritas, evitando, si era posible, la innoble realidad (Everett Hagen, citado en Weber y Zamorano 1975:84-85). Esta autor uso el test de Apreciación Temática (TAT), consistente en rastrear las respuestas que los hombres de negocios daban frente a una serie de problemas que se les presentaban por medio del uso de láminas. Los empresarios payaneses las asociaron cada una con un suceso histórico o literario, filosofando y divagando, sin acertar a ver la dificultad que se les presentaba de manera

realista. Usaban estereotipos imaginando triunfos ilusorios ganados sin esfuerzo, con poca necesidad de autonomía y orden, considerando al mundo como ingobernable por los seres humanos, cuyo destino estimaban predeterminado²⁷. Lo que me interesa resaltar es que pareciera ser que los payaneses continuaban imbuidos dentro de una comunidad fuertemente predeterminada por el pensamiento católico, apreciación que concuerda con los planteamientos del mismo estudio realizados por Anthony (Citado en Webber y Zamorano 1975:133-134) quien escribió que las iglesias eran más importantes para los payaneses que las fábricas; los museos que los edificios de oficinas; y que las artes eran preferidas a la tecnología. Desdeñaban el progreso, sin mostrar señales de que el cambio fuera bien recibido. Afirmaba que era “como si los payaneses prefiriesen solearse a la luz del pasado en vez de esforzarse por cambiar el *statu quo*”. Lo que se presenta es el bosquejo de una ciudad que a pesar de lo avanzado del siglo XX continuaba reproduciendo en cierta medida una división estamental predeterminada de antemano y justificada por las prácticas de la Iglesia Católica, donde es de suponer el peso que continuaban teniendo las practicas caritativas al interior de la ciudad.

Sin embargo, el estudio en mención también pronosticaba que esta situación podría empezar a cambiar en pocos años. (Webber y Zamorano 1975:231), afirmaban que en el futuro los estudiantes de bachillerato de clase alta que ellos entrevistaron se constituirían en pocos años en los dirigentes de la localidad, plasmándose así los valores modernos que estaban recibiendo por medio de los viajes que empezaban a realizar y el contacto con los medios masivos de comunicación que comenzaban a desarrollarse en esta época. Algunos años después encuentro que este proceso de cambio ya estaba tomando cierto impulso, tal y como se puede desprender de la siguiente cita:

Popayán es uno de los tesoros históricos más importantes, no sólo por los hombres ilustres de los que es y ha sido madre sino por, el estilo de sus construcciones, tranquilidad de sus calles, riqueza de su pasado y la cultura de sus gentes (...). La ciudad, no obstante su acervo histórico y su tradición, ha ido deteriorando su carácter, ya que no se proyecta hacia el país como lo

²⁷ Por el contrario, los participantes de Medellín vieron en las láminas problemas que había que resolver mediante trabajo arduo en vez de aguardar soluciones mágicas, y a la vez mostraron confianza en su habilidad para resolverlos. Antes de manifestar sus opiniones, analizaron cada situación de modo racional. También mostraron gran necesidad de autonomía, éxitos y orden, así como la posesión de un agudo sentido de la realidad y la visión del mundo como manejable con buen juicio y persistencia. Se debe tener en cuenta que en la capital antioqueña el intelectual posee poco “status”, por lo que se espera que un hombre abra un negocio para demostrar que vale.

hiciera otrora a través de sus ilustres: Torres, Mosquera, Obando y Valencia. Duele afirmarlo, pero Popayán, se enfrenta a un grave proceso de deterioro y de relajamiento en sus costumbres y valores, a semejante situación sólo podemos hacer frente quienes sentimos orgullosamente nuestra tierra y estamos dispuestos a ofrecerle todo nuestro esfuerzo y capacidad. Los que no sienten amor por este suelo por no pertenecer a él o por desconocer su tradición y su pasado, no pueden en momento alguno, dirigirla adecuadamente y es tiempo de, regresar al lugar de donde algún día llegaron traídos quien sabe con qué ilusiones o intereses (Negret 1982:1).

Es de resaltar en la cita anterior que aún se continuaba hablando de los hombres de guerra y de letras que habían aportado en la construcción de la grandeza de Popayán. Se añoraba el retorno al pasado glorioso, a aquel momento de la historia que fue edificado por los payaneses. Se reclamaba que solo aquel que conocía la tradición de la urbe era capaz de dirigirla adecuadamente, lo que significaba un rechazo a las personas que proponían cambios y a todos aquellos que empezaban a llegar, los *desconocidos* que no respetaban a los antiguos señores de la ciudad.

Este proceso se aceleraría después del terremoto de 1983, sismo que con el paso de los años significaría un resquebrajamiento del tejido social de Popayán. Los señores de la ciudad poco a poco fueron desapareciendo y su lugar sería reemplazado por la oleada de desarrollo que se despliega actualmente en la ciudad.

Sí bien es cierto las últimas páginas presentan el cuadro de una ciudad que no se ha integrado plenamente al proceso de industrialización, ello no fue impedimento para que se consolidaran las prácticas modernas en cuanto al cuidado de la salud, proceso que se había iniciado en las últimas décadas del siglo XIX y en el cual jugó un papel fundamental La Conferencia y su socio más activo, Toribio Maya, tema del siguiente capítulo.

Durante este capítulo he mostrado como los caudillos conservadores del Cauca desde mediados del siglo XIX hasta la consolidación del estado central colombiano en la década de los ochenta del siglo XX, se enfrentaron a las medidas de corte liberal, en aras a defender el orden católico que se colocaba en cuestionamiento con las mismas, llevando a que se creara la imagen del caucano como un enemigo de la paz, por lo cual para acabar con la cuna de todas las revoluciones se procedió a desmembrar el Gran Cauca. La Conferencia de San Vicente de Paúl prestó un papel activo frente a la crisis en que se sumergió Popayán durante la época de estudio, destacándose el papel desempeñado por su socio Maya, quien se constituiría en un intermediario entre los marginales, La Conferencia y los señores de la ciudad.